

PATRIA CHICA

REVISTA DE ARTE Y CIENCIA

Año I.-Núm. 4—Brozas 30 Enero 1910—Trimestre 3 ptas.

Emilio

EL ERMITAÑO

AL amanecer salimos de Aldeanueva y al mediar la mañana penetrábamos en el bosque de Cabezón. Pensábamos almorzar junto á la ermita, y llegar por la tarde á la dehesa de «Palacioblanco», donde tenía mi tío un gran colmenar; iba él á dirigir las operaciones del escarzo, y yo pasaría el tiempo cazando en los alrededores. La mañana estaba serena, diáfano el aire y un claro sol de enero inundaba el campo de luz. Pero hacia frío; un frío intenso, seco y crispador; un frío que parecía bajar del cielo, ascender de la tierra, emanar de los árboles, de nuestros vestidos, de cuanto nos rodeaba. Según avanzábamos, la luz se iba amortiguando, como si entráramos en una nube. El bosque era cada vez más espeso: los árboles se sucedían, se entrecruzaban, se multiplicaban, cerrando el horizonte; los viejos alcornoques, los más antiguos, los patriarcas de aquella generación vegetal, mostraban sus enormes troncos amputados, mutilados, enrojecidos, informes, como torsos sangrientos de monstruos primitivos. Atravesábamos un paraje real-

mente peligroso; más de una cruz abría sus brazos al borde del camino solitario, y contábanse historias de robos y de crímenes, perpetrados en el misterio de la siniestra selva sombría. Pero nosotros íbamos prevenidos: nuestras escopetas, colgando de la silla, golpeaban el anca de las cabalgaduras; yo llevaba además mi revólver, y un largo y afiado cuchillo de monte pendía del cintó de mi tío Pascual.

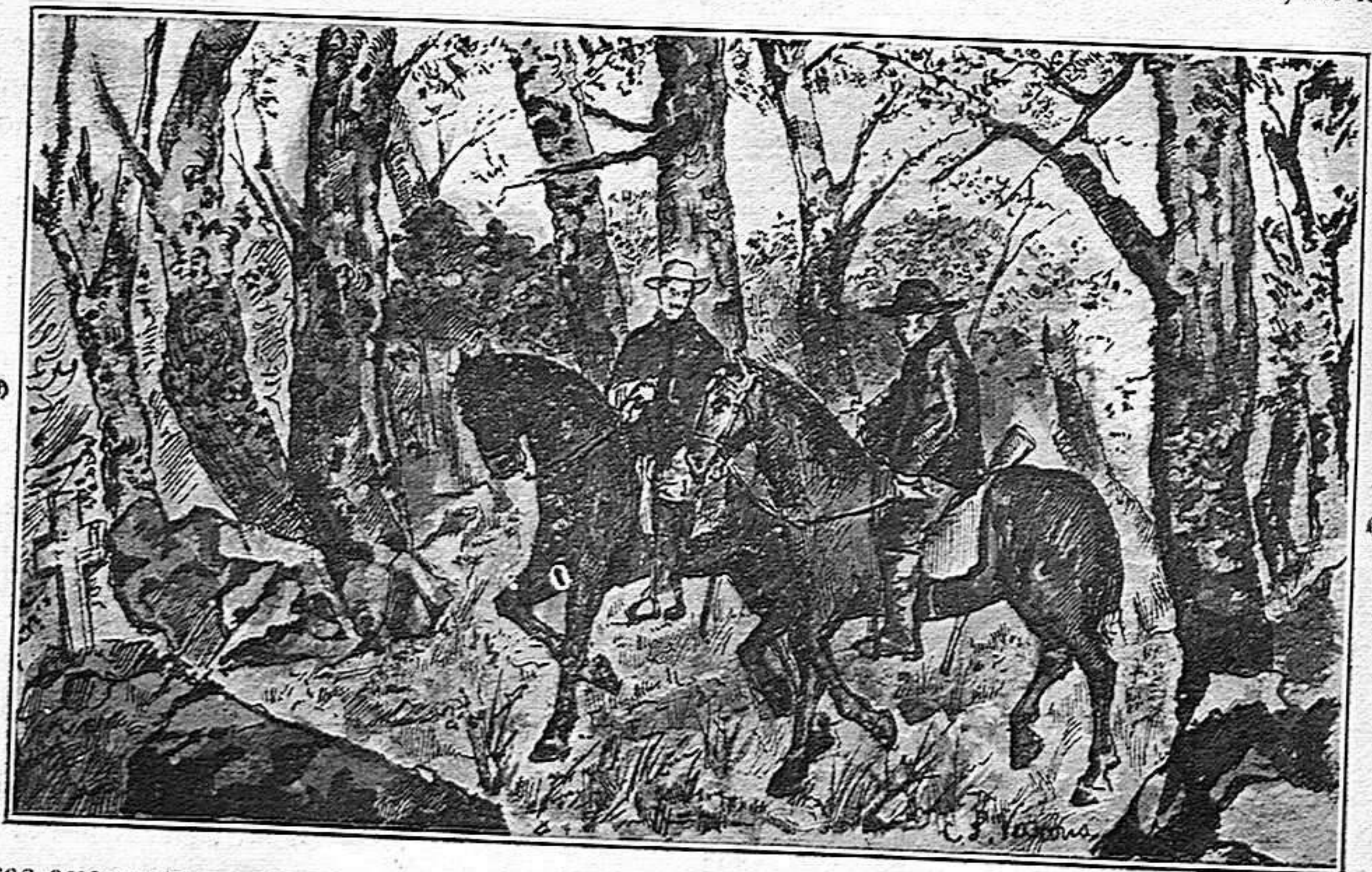
Reinaba gran silencio: apenas se oía más que el ruido de los caballos batiendo sus cascos sobre el suelo pedregoso, sobre la tierra secada por el viento, endurecida por el frío, agrietada por las escarchas; también á veces un cuervo graznaba agriamente en lo alto, ó un mochuelo adormecido, despertando á nuestro paso, tendía el vuelo con aleteo zumbador. Al llegar á la fuente del Oso, mi caballo dió un espanto. Refrenélo con mano firme, y quedó parado, erguido el cuello, tías las orejas, y olfateando ansiosamente. Casi al mismo tiempo se oyó una voz lejana, una voz clamorosa que demandaba socorro. Partimos al galope, y de pronto,

al volver un recodo del camino, vimos á Gregorio, el ermitaño, que pugnaba por encaramarse á las ramas más altas de una encina, descompuesto, sin sombrero, mirando con terror hacia abajo, donde un perro arañaba el tronco, aullando sordamente.

Era un animal enorme, un perrazo negro con grandes manchas blancas. Al vernos, se vino derecho á nosotros. Entonces recordé haber oído en Aldeanueva que un mastín de majada, hidrófobo, vagaba por el monte de Cabezón. Indudablemente, por las señas, era el mismo de que nos habían hablado. Un furor de muerte se escapaba de sus ojos sangrientos, y temblaba de rabia, estremeciase bajo su pelambre hirsuta y erizada, mien-

se á veces, mirando con terror á todos lados. Le ofrecimos un trago de vino, y cuando se hubo serenado algún tanto, nos refirió cómo, al tratar de subir al árbol, no pudo hacerlo con la presteza necesaria—era cojo y manco—y el perro le alcanzó en uno de los embates, atarazándole la pierna. Media hora después desembocábamos en un hermoso y verde valle que se extiende hasta la ribera de Grimaldo, y en cuyo centro, entre álamos y eucaliptus, blanquea la ermita de Cabezón.

Es un santuario pequeño, humilde, bien enalbegado, muy limpio, que al pronto parece recién acabado de construir, pero cuya vetustez fácilmente se adivina en las grietas de la torre, en las



tras avanzaba al trote, medio derrengado, muy débil ya, con la cabeza levantada y abiertas las espumajeadas fauces. Requería yo mi escopeta cuando sonó un tiro. El perro dió un salto y cayó panza arriba, pataleando, lanzando alaridos. Un segundo tiro le dejó inmóvil. Vi á mi tío que bajaba de la cara la escopeta de dos cañones, humeante aún.

—¡Pero, hombre! ¿Qué es eso?—gritamos.—¿Te ha mordido?

Y como viésemos que tenía el pantalón roto y ensangrentado, apeóse mi tío y le hizo montar en su cabalgadura. Cogióla de las riendas luego y proseguimos el viaje. El pobre ermitaño no podía hablar. Castañeteábanle los dientes y estremecía-

resquebrajaduras de las bóvedas, en las desgastadas columnas de granito. Sobre el altar, á los piés de la Virgen, un perro de madera pintada, mansamente agazapado, como temeroso de la divina gracia, tiene las orejas caídas, el rabo entre las patas y demás indicios de los animales rabiosos; contra los que, según rezan los almanaques, es abogada y protectora Nuestra Señora de Cabezón. Es, pues, una imagen muy venerada en los pueblos de los alrededores, hacia la que se vuelven todos los ojos en los trances difíciles de la vida, y cuyo milágroso poder se extiende hasta amparar á sus devotos en toda clase de peligros y lacerias. Buena prueba de ello son los numerosos exvotos que

cuelgan acá y allá, en las paredes, haciendo memoria de otros tantos milagros; hay piernas de cera, senos de cera, cabelleras que un tiempo fueron de oro, bordados primorosos y hasta versos. Aún recuerdo los siguientes:

Habla el poeta de que ha estado enfermo, y prosigue:

Y no sólo yo lo estaba,
sino que mi esposa é hijos,
se encontraban, Virgen pura,
también enfermos, prolijos.

Por último, no lejos de la ermita, en una roca durísima, se abre aún la gruta que sirvió de albergue á los primitivos anacoretas, y enfrente de la gruta, á los pocos pasos, álzase un mirto gigantesco, un mirto milenario, un árbol sagrado entre cuyas frondas cantaran las golondrinas de los tiempos de Cristo, y á cuya sombra rezaron arrodillados muchos santos ermitaños.

Gregorio habitaba en una casa de un solo piso, pero amplia y saneada. Era soltero y se mantenía de las limosnas que la caridad le proporcionaba en las aldeas vecinas. De niño, de un enfriamiento, quedó medio baldado, y con frecuencia se le veía cojear por aquellos campos, llevando pendiente del cuello una imagen de la Virgen, que daba á besar á cuantas personas encontraba, aunque no las conociera. Regresaba los sábados por la tarde, inclinado bajo el peso del morral lleno de pan, y apartando con su bastón de palo las zarzas del camino.

Dejamos las caballerías á la puerta, y cuando hubo él encendido una gran fogata y calentado hasta el rojo el extremo de unas tenazas, mi tío se puso á cauterizarle la herida. El infeliz sufría resignadamente la cruel operación, sin pestañear, casi sonriendo, dando muestras de un valor sobrehumano. Bien pronto un acre olor esparcióse por toda la vivienda, un olor asfixiante y nauseabundo, un insupportable olor á carne quemada. Salí en busca de aire puro, y mientras concluían, me puse á escribir con lápiz una tarjeta para mi amigo el doctor Sánchez de las Matas, director del hospital de Cáceres, donde con éxito creciente se comenzaba por entonces á administrar el suero antirrábico.

Al entregarle la tarjeta, le di explicaciones de lo que tenía que hacer. Y como ya no era hora de esperar más, mi tío decidió almorzar á caballo; partimos,

pues, enseguida, y aunque al principio se adelantaba poco, batimos luego las espuelas y al anocheecer estábamos en Palacioblanco.

Durante varios días me entretuve cazando en las cercanías, ó por mejor decir, espantando la caza que en las cercanías hubiera; porque si bien disparé mi escopeta una y otra vez, hasta el punto de agotar las municiones, es lo cierto que no hube de cortarle un pelo al más confiado animalejo. Mi tío, irónicamente, echábale la culpa á los perros, que eran del guarda.

—¡Esos perros! ¡esos perros!... —decía cada vez que tornaba yo con el morral vacío, mientras una sonrisa amablemente burlesca entreabría su boca sumida de viejo.

Concluído el escazo, emprendimos la vuelta un domingo por la mañana, cuando en Tomelloso, que era el pueblo más próximo, repicaban las campanas tocando alegremente á misa mayor. Era un día gris, uno de esos días en que la niebla, como un aliento de muerte, se extiende anegándolo todo entre sus ondas de frío vapor; los árboles, negruzcos, borrosos, informes, tenían apariencias fantásticas, y cegaba el aire como polvo de ceniza, y el cielo, el cielo que apenas se veía, el cielo cano, lúgubre, desolado, parecía pesar sobre nuestras cabezas como la tapa de un inmenso ataúd. Al llegar á la ermita vimos con sorpresa que la casa del ermitaño estaba abierta. Me asomé á la puerta y sentí casi pavor. Gregorio se encontraba allí, en un rincón, sentado como otras veces; Gregorio se hallaba allí; ¡pero en qué estado! Delgado, demacrado, casi en los huesos, parecía un cadáver con los ojos muy abiertos; su cara tenía un color verdoso, terroso, como de momia, ese indefinible color mate de los Cristos viejos; su barba rala, crecida, desigual, dábale un aspecto feroz; sus manos afiladas semejaban garras. Se levantó vacilante, pero sonriendo. Su sonrisa me hizo estremecer. Retrocedí instintivamente.

—¡No, señor; no tenga usted miedo! — exclamó. Y explicó que nada de particular había sentido, sino una gran inapetencia. No había ido á Cáceres. La herida no estaba cicatrizada aún.

—¿Y por qué no has ido á curarte, criatura de Dios?

—¡Veley, señor! ¡veley! — Y no daba

otra razón. Al fin, apretado por nuestras preguntas,—y después de suplicarnos que le guardásemos el secreto—acabó por confesarlo todo. Creía él que aquello era un castigo del cielo; un castigo, sí señor, que tenía bien merecido por haber huido, desconfiando de la Virgen, y no haber esperado al perro á pié firme, con la sagrada imagen por delante... Y solamente la Virgen, que era la ofendida, podía perdonarle y alcanzar su curación, ó castigarle más severamente... ¿Ni cómo iba él á ninguna parte pregonando lo que había sucedido? ¿Qué dirían en Loria, en Casillas, en Tomelloso, si supieran que él, el ermitaño de Cabezón, había sido mordido por un perro rabioso? La fé se apagaría, la gente huiría de allí, la Virgen sería escarnecida... Y el infeliz veía su casa abandonada, y la ermita en ruinas, y profanados aquellos santos lugares, y la sagrada efigie hecha pedazos, que rodarían acá y allá, hollados por las bestias y por los caminantes...

Mi tío sonreía mirándole compasivamente, y otro que no fuese yo habríale diputado por un idiota. Mas yo le conocía bien y sabía que era un pobrecito, un alma de Dios, pero no un desequilibrado. Yo le conocía porque una hermana suya fué nodriza de mi hermano, y él iba con frecuencia á visitarla, hospedándose en nuestra casa. Aún recuerdo una noche en que oí—al ir á acostarme, ya tarde—un ruido insólito en la habitación donde él dormía. Abrí la puerta de un empujón, y le encontré desnudo de medio cuerpo arriba y con un manojo de correas en la mano útil. Estaba, según me dijo, disciplinándose. Todos los viernes hacía la misma operación. Era preciso mortificar la carne. Me retiré oyendo de nuevo el restallar de las correas sobre sus espaldas. Estaba entonces de recadero en el Seminario de Loria, y en su lenguaje, en su conversación ordinaria, empleaba á menudo palabras del culto, frases en latin, viejas sentencias litúrgicas. Al exprés, llamábale el tren arc.prés.

Insistimos durante un buen rato, procurando convencerle de que debía ir á curarse. —¡No, señor! ¡no, señor!—repetía sonriendo, pero con firmeza. Al cabo, tuve una idea salvadora. Regresaríamos por Cáceres, y él pasaría por nuestro criado. Yo me encargaba de lo demás. Nadie sabía de quién se trataba.

Vaciló al pronto, sin comprender lo que le proponía; pero cuando se hubo penetrado de ello, un relámpago de alegría iluminó su rostro mortecino. Y mientras se vestía con el traje nuevo, yo pensaba en las noches de angustia pasadas por el desgraciado en aquella soledad, en medio de pesadillas espantosas, aullando de desesperación, sintiendo acaso tentaciones de morder, atormentado de continuo por la visión de la horrible muerte que le esperaba....

Cuando estuvo listo, echó á andar delante de nosotros. A pesar de su cojera no se quedaba atrás. Y cuenta que nosotros tuvimos que avivar el paso, porque la niebla iba deshaciéndose en agua, y de los árboles, que un ligero vientecillo comenzaba á menear, caía una doble lluvia, una lluvia de gotas gruesas y pesadas, como de tormenta. Cerraba la noche cuando entramos en Moraleja.

Conforme habíamos acordado, Gregorio se encargó, ya en la posada, de echarle pienso á las caballerías, y de los demás menesteres propios de un criado. Mi tío se había acomodado en la amplia cocina, junto al hogar, para enjugarse la ropa, y yo salí á dar una vuelta por el Casino, con intención de leer los periódicos. Sentía verdadera ansia de leer. Hacía ocho días que me hallaba aislado del mundo.

En el salón principal, varios señoritos de pueblo, todos con gorra de visera, jugaban á la veintiuna. El bombín se guarda en Moraleja para los días de fiesta. Me pareció entrar en un Club de cocheros. Oprimí un timbre y se presentó la mujer del conserje. Pedí cerveza y los periódicos del día.

—¡Ay, señor!—contestó enredando los dedos entre los flecos del pañuelo.—Aquí andamos mal de periódicos. Antes venía uno todos los días; pero como nadie lo leía ¿sabe usted?, pues fueron y acordaron suprimirlo y comprar en cambio un piano de manubrio... ¡Ese mismo que está usted oyendo! Todo el que entra le da unas vueltas... Ahora ¿sabe usted? tenemos *La Ilustración*, que gusta mucho porque trae santos muy bonitos... Pero tampoco puedo *servirsela*, porque se la han llevado á la botica, y hasta que no vean los santos la boticaria y la médica y las curatas...

—¡Hombre, las curatas! ¿Y quiénes son las curatas?—pregunté verdaderamente intrigado.

—Pues las hermanas del señor cura, caballero!—Y continuó, asombrada de mi ignorancia.—¡Si usted las hubiera visto al principio! Venían hechas un puro pingo, hasta sin camisa quizá... Pero vaya usted allá hoy, que llevan moño alto y mucho rosete y mucho rosiclél...

¡Las Curatas! Era un título altamente sugestivo. ¿Por qué no había yo de escribir una novela titulada *Las Curatas*? Y me disponía á inquirir más detalles cuando se oyeron pasos precipitados, y el tío Pocapaja, el posadero, penetró en el salón.

—¡Señor! ¡señor!—gritó al verme.—¡No puede usted figurarse lo que pasa! ¡Su criado está loco! ¡Pero loco de remate! Como que pega con todo el mundo y quiere arañar y morder, y vocifera sin cesar, sin ton ni son. Y como ni á su tío de usted le hace caso, yo me dije, digo: Aquí lo mejor es avisar al señorito. Por eso he venido.

Me figuré lo que sucedía. Al llegar á la posada encontré á Gregorio tendido en el sueio, amarrado, ensangrentado, echando espuma por la boca, y gritando y retorciéndose con terribles convulsiones. Tuvimos que declarar la verdad, y el médico, que llegó poco después, confirmó que se trataba de un acceso de hidrofobia. Gregorio, pasado el ataque, lloraba como un niño... Le encerraron en la cárcel, y á la tarde siguiente, apiadados de sus sufrimientos, le hicieron una sangría suelta... Aún se recuerda en Moraleja el lúgubre lamentar del ermitaño, sus ayes angustiosos, aquel quejido profundo, incesante, desgarrador, que parecía salir de las entrañas del alma, cada vez más apagado y más amargo...

Emigdio Plasencia.

(Dibujo de Varona.)



ENSEÑAR AL QUE NO SABE

I

La ancha frente espaciosa coronada,
por blancas hebras de sutil cabello;
afable el rostro, dulce la mirada,
el geste triste y abatido el cuello,
oye el anciano de la ciencia amante
la lección y corrige al principiante.

La frase bella, el describir sonoro
de atardeceres y radiantes días;
de la alborada el matutino coro
preñado de armonías;
el susurro del céfiro que orea
la mies en la llanura
que un sol de fuego con sus rayos baña;
el huracán que rápido ventea
del bosque en la espesura
y alienta poderoso en la montaña...

Todo el maestro con afán lo escucha
aclarando lo oscuro con su ciencia;
y sin cejar en la obstinada lucha
y del triunfo la clave
intentando encontrar en la experiencia,
cumple humilde con Dios y su conciencia
la misión de enseñar al que no sabe.

II

—Sigue, sigue—le dice al jovenzuelo.
—El mundo es una rueda...
—Bien pensado.
—Donde alternan la pena y el consuelo,

la calma y el anhelo,
la virtud que enaltece y el pecado.
—Yo diría que el mundo es una rueda
que jira sin que pueda
correr más que entre gozos y entre llantos;
pero son éstos tantos,
que inmóvil, al final, entre ellos queda.
—La mujer es la flor...

—¡Qué tontería!
—Que adorna el erial con su hermosura.
Ella ofrece en su rostro la alegría,
ella ofrece en sus ojos la ventura,
ella calma el pesar con sus arrullos,
ella calma el dolor con sus anhelos;
la mujer es un angel de clemencia,
un angel descendido de los cielos
para endulzar la cruz de la existencia.
—¡Un angel! No prosigas, pobre iluso,
murmuró el viejo, con acerto triste.
Enjugóse una lágrima y repuso:
La criatura que en tus versos creas,
es sólo el ideal que tú deseas,
no la mujer sin corazón que existe.

Absorto el aprendiz oyó el consejo;
de hito en hito un instante miró al viejo
y tornóse su faz sombría y grave.

Y pensó aquél al contemplar su cuita,
que no es siempre misión santa y bendita
la misión de enseñar al que no sabe.

Furelio R. Molina.

TIEMPO Y CANTOS

El Carnaval aún se presente.
Véase la prueba.

En Camuñas, seis hombres *enmascarados* penetraron por el corral de la casa del cura y forzando las puertas sorprendieron al sacerdote y al ama de llaves. A ésta, además de atarla y amordazarla, pusieronla desnuda y á la intemperie en el mismo corral.

El párroco, como cualquier hijo de vecino, se defendió heroicamente, aunque los otros, después de derribarle y amordazarle, robáronle un respetable puñado de pesetas. El párroco hállase en grave estado. ¿Pues y el ama?... ¿El ama? Se quedó tan fresca.

Lo dicen los maestros y hay que creerlo.



De la caza, la que con más partidarios cuenta, es la de la perdiz con reclamo.

Qué hermoso contemplar, antes que el sol nazca, el panorama que el campo nos ofrece. Qué poético cuando el astro rey manda sus primeros rayos á la cárcel alamburada del

gran macho, y éste lanza sus coplas de llamada á la pareja de su semejante, que deja su amoroso *cuchichear* para librar batalla con el importuno. Qué alegría de regreso á la casa, paladeando la dulce golosina del que mató más piezas.

Y qué reumas se pilla uno en estos aguarditos *tan* poéticos del amanecer.

Con el sombrero colocado así.

Así está la maja que desde el *ambigú* contempla *filosóficamente* el salón donde las parejas sin cesar se agitan. Le falta un hombre que la forme con ella y entre los bailarines lo busca, aunque para danzar no lo consiga, siquiera sí para el pago de la *cenilla*, ¡á lo que estamos!.... Pero ellos, que sin duda no están por lo *práctico*, no dicen más que *ande el movimiento*.



Pierrot.



EL BANCO DE LOS ENAMORADOS

HAY una ermita en mi tierra, que propios y extraños reputan de singular belleza, perdida entre aldeas, rincones apartados y umbrosos, verdes guaridas de silencio grato y calma sedante, coronando á una montaña cuyas faldas se extienden guarnecidas de vegetación intacta, que, si antañona de edad, mozuela de color, los viste de paño fresco y ondulante. Es la ermita de San Torcuato, que vista de lejos, parece pequeñuela y miserable, puesta allí para ornato de la loma con primoroso artificio; mas luego, según se gana el ribazo pino donde se asienta, engrandécese y sube cielo adentro, cargada de altivez legendaria. Vista ya de cerca, parece un ciclope caduco, con los muros del color monótono y pardo de los tapices viejos, los colgajos de jaramagos, arrayanes y yedra revuelta y encrespada que viste á trechos las peñas escarpadas en que se basa, con inarañas inaccesibles de verdura nacidas en los resquicios y quebraduras de la roca.

Marchito y arrugado, mostrando al cielo sus tejas desbastadas, tiene en todo su conjunto el aroma del pasado, el respeto triste de las cosas olvidadas, como un lugar que el hombre no visita. Levántase á su vera añoso y carcomido roble, que cobija bajo la frondosidad de su ramaje un vetusto banco de piedra, llamado *El banco de los enamorados*.

Largo y fatigoso es el camino para llegar á lo alto, pero lo cortan y disfrazan los mil encantos naturales que le embellecen. Monte arriba, gateando por las rocas, trepando como cabras por abrupta cañada, os dirijís por una senda que cruza, culebrea, se ciñe á los matorrales, rodea las formas redondeadas en grandes y graciosas curvas, los duros granitos, esquistos y enegsias sombrías que constituyen la sólida armazón acribillada de dentelladuras fantásticas y estuarios profundos, entre los caprichosos festones de sus crestas. Hay en la subida pedregosos trozos insufribles; escalones tallados; quebrajas sombrías entre los retamares del brezo y del romero que surgen de las roturas y levantamientos; aire puro y fresco que mueve blandamente las flores amarillas y olorosas de los matojos, llevándose la esencia de los brezos y lentis-

cos. Entre la torrente de un lado, y los ásperos peñascales de otro, crece yerba tupida, verde y acolchonada, guardando bajo matices de esmeralda, riachuelos ramblizos que llevan en cada chorro un collar de diamantina pedrería y en sus cauces rodeados de juncias, se revuelve el agua entre las ingentes y agudas peñas con rugido de león.

En la cumbre, en lo alto, saturándose de oxígeno los pulmones fatigados, respiran más libremente en deleitosa indolencia refrescándose las inteligencias al contemplar el extenso panorama, armonioso, lleno del rabioso claror que reverbera en las barbecheras verdosas y el alma siente emoción intensa por las satisfacciones que le conmueven. Desde la extensa planicie alfombrada con los tapiales suaves y ondulantes de los helechos, se domina el color negruzco, pardo, de los tejados de las casas que se levantan en lo hondo de los huertos cercados que se extienden en sus respalderas; los pueblecillos se destacan alegrados con emparrados que se retuercen en las fachadas y los sarmientos se agarran y enroscan con los zarcillos, formando un to'do de suave color, de claro bosque, del que cuelgan profusos los racimos; los viejos campanarios que alzan sus altas espadañas dibujando su atrevido contorno sobre el doble lienzo de la sierra azul que detrás de ella se levanta; los tapiales verdes, sedosos, de los herrerens, los valles, vagueras y cornijales de terruño grisáceo y los ribazos abombados de los viñedos y de las sierras paniegas que coronan las colinas redondas de contornos ondulantes y sinuosos como senos femeniles cuyas redondeces y turgencias cubren la frondosa cabellera de pinos, castaños y madroñales. Sobre ellos se destaca el firmamento suave, azuloso, pálido, que cierra el horizonte, en el que los tonos se esfuman y confunden, se agrisan, toman color de nostalgia ante los ojos lánguidos y soñadores contemplando la tierna melodía de los colores ténues; sólo el Miño, allá á lo lejos, bravío, indomable, se retuerce entre las peñas que desgarran sus aguas entre coronas de espuma.

Frecuentan aquellos lugares, algún viejo labriego encorvado por su labor de to-

da la vida, con una carga de hornija sobre la espalda, el lento mirar de sus ojos semitas que albergan lo imposible, y su frente dura y recta como un pedazo de mármol sin mácula; algún que otro muchachillo ágil y morenucho cruza pastoreando un grupo de ganado que trisca por los accidentes del terreno; alguna que otra vaca levanta silenciosa del pasto su cabeza para mirar con sus ojos húmedos; los gañanes que cantando vuelven de abrir al terruño las entrañas, por las combas veredas con lento paso, canto tristón y anodino que sale de sus gorjas secas llevando rememberes y añoranzas de marchitas ilusiones cristalizadas por el tiempo; algún carro que pasa rechinando con isocronía, tirado por mansos bueyes, despaciosos, que con sus caídas cabezas, hincando con fuerza las pezuñas en el polvo del camino, faltos de descanso y jadeante respirar, tiran del carro penosamente, hasta que se pierde poco á poco en el recodo. Pasan torvos y ceñudos algún que otro campesino con sus negruzcas caras y ojos tristes; por las pendientes floridas y espinosas van subiéndolos rapaces con facies curtidas y ojos llameantes azuzando de vuelta los rebaños.

Uno de mirada salvaje y pelo enmarañado y negro, fué nuestro narrador de la vieja historia de aquel banco, llamado de los enamorados; historia vieja que nos contó en estrofos de vetusta poesía.

Dos encorvados viejos, de aspecto triste y mirar pausado, —nos dijo— compartiendo juntos siempre alegrías y tristezas, avanzaron con el mirar atento clavado en la tierra, despaciosos, á tropezones, y apoyados en sus cayados de madera, á sentarse cuidadosamente en él, reanimándose al respirar sus gastados pulmones los perfumes efluvios de las pomoradas umbrosas y los pinares verdes que forman oleadas de exotismo confortable, pensando en sus juventudes y en las venturosas y pasadas alegrías, fueron á aquel banco de piedra tan querido.

Al avanzar hacia él entre la bóveda sombría de los castaños, con grande afán, con vigor exíguo, aquella pareja lívida, de mirar atento é incesante, ¡aquí es! —exclamó ella enardecida. — ¡Aquí besé tu mano! —respondió el pobre viejo emocionado.

— ¡Aquí fué! —contestaron ambos amorosamente y con júbilo evocando con sus manos yertas y oprimidas, la pasión primera de los primeros años.

— ¡Este es el testigo primitivo! —exclamaron al sentarse en el banco musgoso y como ellos ya envejecido; — el mudo testigo que escuchar solía todas las tardes los ardorosos juramentos de nuestros labios. ¡Es el mismo! ¡es el mismo testigo primitivo de nuestras miradas febriles, de nuestros pechos ardientes, de aquellos tiempos de amor lejanos! —exclamaban impregnados de ternura.

Como llegara la noche, fría y oscura y en el banco quedaran incrustados como pareja de piedra, la vieja se inclinó como rendida al peso de los años, y al acercarse el viejo creyéndola dormida, acometióle espanto indescriptible, de sorpresa horrible; hallóla fría; vió, estrechándola contra sí, que era cadáver la pobrecilla. Abrió los brazos, y al darle el último beso, su cara pálida y seca, dibujó la horrorosa mueca de la muerte, con las últimas notas de las canciones en lúgubres graznidos de las aves nocturnas, mezcladas con el agoreo de las campanas locas que tocaban al alma compasadas y rítmicas. Toda la noche el agua fría azotó la faz de aquellas dos figuras derribadas, que aparecieron sepultadas entre montones de hojarasca helada y espesa, víctimas tristes que inmoló el destino.

Tal es la vieja historia de aquel banco de los enamorados, historia vieja que nos contó en estrofas de vetusta poesía, un rapaz de mirar salvaje y pelo enmarañado y negro, en lo alto de la ermita de San Torcuato, que propios y extraños reputan de sin igual belleza.

Jesús Sánchez García.



De vuelta del torneo

Vuelve ufano el caballero
que en Belvís justas ganara
derrotando á los Golfines
y á los Pereiros de Alcán'ara.
Ante abades y priores,
nobles, guerreros y damas,
á demostrar ha venido
el buen temple de sus armas.
Y al ver de Castra Cœcilia
los muros en lontananza,
sueña alegre el caballero
que allí publique la fama
la des'reza de su brazo,
el valor y la pujanza
con que ha roto los arneses
del enemigo, su lanza.

.....
.....
Al volver de mi torneo
¿traeré rota la esperanza?

T. Lucas Garcia.



T. Lucas Garcia

MADRID INTELLECTUAL

TEATROS, LIBROS Y ARTE

Teatro Price «La niña mimada»,

Opereta en tres actos y cuatro cuadros, en prosa, original de Aurelio González Rendón, música del maestro Manuel Penella, estrenada con gran éxito.

Ni el libreto ni la partitura pueden compararse con los de operetas austriacas. Los autores de «La niña mimada», sólo han conseguido componer una obra entretenida, pasable.

Ketty, hija de mister Thonsomp, rey del acero, no tiene ninguna prisa en contraer matrimonio. Su padre, desea que se case, en el término de siete días, con don Ernesto de la Oliva, conde-duque de Casa González.

La yanki, para quitarle toda esperanza al español, le dice que ella no es millonaria; pero el señor de la Oliva insiste en que sólo la ama por su lindo palmito...

Mister Thonsomp ofrece en un anuncio un millón de dollars al que entregue en el domicilio paternal á Ketty en buen uso, y dos millones si la devuelven sin el menor tropiezo.

El rey de la vaselina, mister Listz, obsequia á sus amigos con un pintoresco baile de pieles-rojas en su palacio. Mister Thonsomp, sospecha que su hija se presentará en esta fiesta y para observar, se le ocurre colocarse en el puesto de la estatua de Washington. En efecto, Ketty va á la fiesta, y nos dice que se presenta para ahorrar á su padre un millón, y declara que de buena gana se casaría con el primero que llegara.

Y Ernesto, que ha ido al baile del rey de la vaselina, vestido de don Juan Tenorio, invita á Ketty á que le siga, para evitar más murmuraciones de las que ha dado lugar el famoso anuncio, en un automóvil que les espera á la puerta. Ketty accede.

El automóvil sufre en la avenida de Washington una *panne*: lindo efecto decorativo...

Tras largo asedio, el español se adueña del corazón de Ketty. La lectura del contrato de boda, hace estremecer á todos los reyes yankis: el señor de la Oliva, conde-duque de Casa-González, dota á Ketty con la friolera de ¡150.000.000 de duros!...

Y termina la opereta con una gran «españolada». Desfile de toreros, manolitas, canciones típicas...

El éxito que ha tenido «La niña mimada» se debe al teatralismo: escenas sugestivas, cuplés, trajes, decoraciones, y principalmente á la belleza de las mujeres.

En la interpretación se distinguen las señoritas Arrieta, Quijano y Barceló y los señores Meana, Mesejo, Alaria y Pinazo.

* * *

Libros.—«Orquídea», y «Excelsa»,

Un gran escritor, después de haber leído el manuscrito de «Orquídea», le dijo á G. Gómez de la Mata:

—Usted se ha equivocado: quiso escri-

bir una novela y pintó una cabeza de mujer...

Así es; el autor ha descrito admirablemente á Matilde, la protagonista, á pesar de la poca originalidad del personaje; tipo que pasa con blancura de espectro por un libro de Dumas: «La dama de las camelias».

Matilde, que hace pensar en las evocaciones de un poeta inglés y en lívidos paisajes otoñales, se asemeja á las orquídeas, bellas flores, pero tan enfermizas y delicadas, que no pueden conservarse más que en una estufa...

un sentimental. Por ambas condiciones, ha escrito «Excelsa», poema del alma y del sexo, en prosa sentimental y erótica.

Este libro es la historia de una mujer-niña; su nombre verdadero, Julia; Sensitiva, en el íntimo círculo de los suyos; y para Pedro de Anglada, el solitario del castillo *El Olvido*, Excelsa.

Julia, toda corazón y toda espíritu; sensitiva flor de carne; excelsa, divina belleza, es la mujer-niña que en las inclemencias del vivir sufre una repugnante pasión sáfica, y más tarde, en la noche de sus bodas, las crueldades de una espantosa



Es «Orquídea» la novela sentimental de un idilio, la historia triste de una gongolina errante y trágica que muere de amor en un beso de amor...

Es de esperar que los «Cuentos á la señorita Mim» y «La Diosa» (novela), que tiene en preparación G. Gómez de la Mata, han de gustar, como «Orquídea», al público, y especialmente á las lectoras, las cuales muestran predilección por este joven novelista que en su último libro más de una vez pasa por alto un episodio y se detiene á describir un traje.

Antonio G. de Linares es un erótico y

fiera lúbrica, de un salvaje disfrazado de poeta, hasta que el Destino la lleva á los brazos de Pedro de Anglada, brazos fuertes del gran amigo protector, del gran amante viril, que saben, en místicas horas del alma, mecirla con mimos y ternuras paternas, y en eróticas horas del sexo, estrecharla con impulsos bravíos, con los sublimes é inmortales impulsos de la cópula...

Las páginas de «Excelsa» están envueltas en una infinita poesía, que excluye toda sensación de aspereza y de náusea.

R. Segura de la Garmilla.